

Un vizcaíno ilustre, Don Fulgencio Antonio de Zabala (1772-1847)

por

FR. PIO SAGUES AZCONA, O. F. M.

I

Según consta en los libros de la parroquia de S. Miguel del Concejo de Zalla (Vizcaya), el 16 de enero de 1772 nació en dicha villa el niño Fulgencio Antonio, hijo legítimo de Miguel de Zabala y de Ventura de Saráchaga. Muy joven aún, hacia 1789, salió de su pueblo para Buenos Aires, en compañía de un tío suyo, que era marino. Allí dedicóse durante algún tiempo al comercio, y lo mismo hizo cuando más tarde se trasladó a Mendoza y después a Lima. En todas partes trabajó de tal manera y con tal acierto, que con su esfuerzo logró hacer una respetable fortuna.

En Lima contrajo matrimonio con doña Micaela Rodríguez de Osorio, natural de Trujillo (Perú). De su matrimonio tuvo cuatro hijas, dos de las cuales murieron en Lima, de muy corta edad, y, por último, hacia 1819, tuvo la desgracia de perder también a su esposa. En 1821, con motivo de la revolución del Perú, regresó a Europa con sus dos hijas, María Asunción y María Nicolasa. Primeramente se estableció en Burdeos permaneciendo allí hasta 1824, y este año se trasladó a Bilbao, donde residió por espacio de diez años.

Durante su estancia en la capital de Vizcaya desempeñó varios cargos importantes. En los libros del Ayuntamiento figura en 1826 como "diputado del común". El 5 de enero de 1828 fué elegido primer prior del Consulado o casa de contratación, y el día 7 tomó posesión de dicho cargo. Durante todo el año 1828 figura don Fulgencio en casi todas las sesiones del Tribunal. El 22 de febrero de

1830 aparece su firma en el acta de constitución de la Real Junta de Comercio, con arreglo a la Real Orden de 16 de noviembre de 1829. Luego firma, como vocal de dicha Junta, desde 1830 hasta el 24 de febrero de 1831. Durante el año 1832 ejerció el cargo de regidor o concejal, y su firma aparece constantemente en el libro de actas de dicho año. De su paso por el Ayuntamiento de Bilbao conviene destacar aquí para nuestro intento su intervención valiosa y eficaz en la preparación y feliz desarrollo de la célebre misión predicada en diciembre de 1832 por los misioneros franciscanos del colegio de Olite (Navarra) fray José Areso y fray Fernando Gómez. El señor Zabala y su colega don José Nicolás de Torres fueron comisionados para conseguir que viniesen los misioneros, y para cooperar luego al éxito de la misión. Ellos fueron también los que se encargaron de pagar a los misioneros los cinco mil reales de vellón, según se acordó en la sesión de 28 de diciembre de 1832.

En 1824 el señor Zabala casó a su hija mayor, María Asunción, con don Pedro María Queheille, comerciante de San Sebastián. De este matrimonio nacieron dos hijas, Hilaria y Casilda, pero la madre murió siendo todavía muy joven.

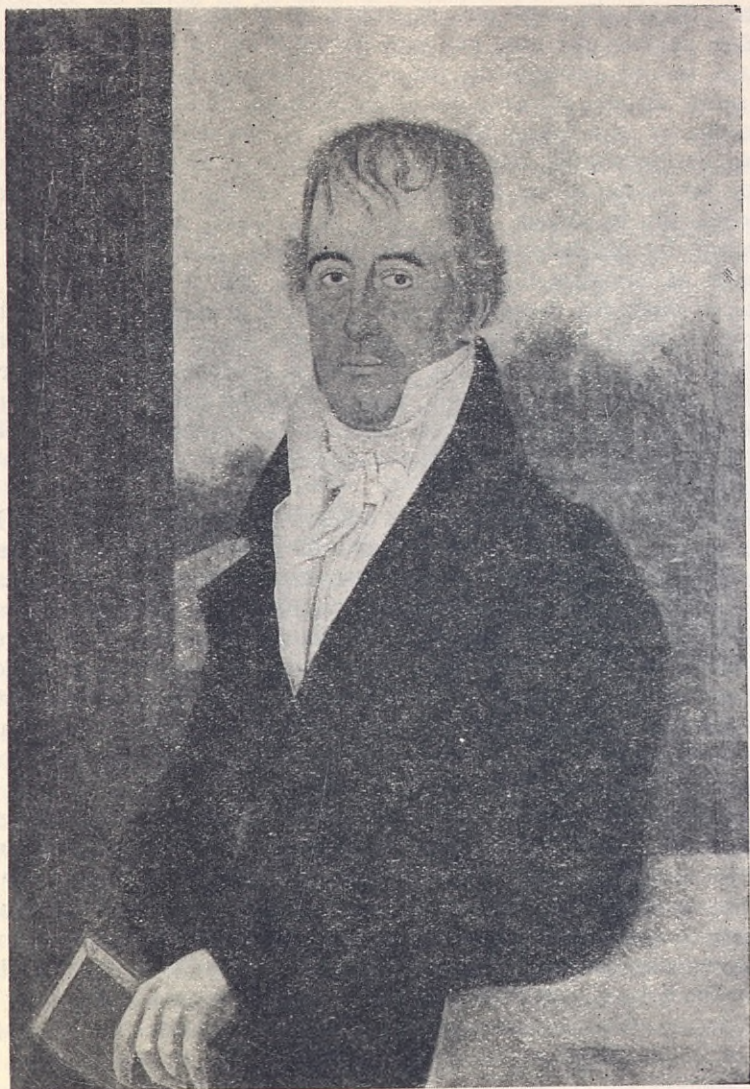
Con motivo de los disturbios originados en España por la primera guerra carlista, don Fulgencio Antonio salió de Bilbao en 1834 y se estableció en Francia, donde vivió hasta su muerte, acaecida trece años más tarde. Durante el invierno solía residir en Bayona o en Pau, mientras que el resto del año lo pasaba principalmente en su palacio de Beyrie, que en 1830 había comprado al conde de Montréal. Es Beyrie una pequeña aldea de los Bajos Pirineos, distante de Saint-Palais cuatro kilómetros. El que se dirige de Saint-Palais a Yholdi, encuentra a dos kilómetros, a mano derecha, un ramal de carretera en cuesta ascendente, al final de la cual se ven unas cuantas casas en una pequeña colina, desde la que se divisa un panorama bellissimo y pintoresco, sobre todo por la parte que da hacia los Pirineos. Lo primero que contempla el visitante, a la entrada del pueblo, es un gran edificio en forma de castillo, hoy inhabitado y con sus paredes cubiertas de hiedra. Tiene la entrada por la parte que da al mediodía. En el arco de su puerta principal, totalmente oculto por la maleza, difícilmente he podido leer la siguiente inscripción, que alude, sin duda alguna, a los dueños del castillo: "CLAUDA CATHERINA DE BARCUX / DAME DE DOMESAIN M'A FAIT 1629". Además de la planta baja y de las habitaciones superiores, el edificio tiene propiamente dos pisos con sus habitaciones muy amplias, convertidas ahora algunas en salas espaciosas, donde yo he visto en una mañana de otoño cómo unos labrie-

gos que estaban desgranando maíz a la puerta del castillo, lo depositaban luego allí para que se secara en el suelo.

Este palacio que hoy, por una paradoja de la vida, es propiedad de una familia protestante, fué en otro tiempo la morada principal del señor Zabala durante los últimos trece años de su vida. Aquí vivió con su hija María Nicolasa y con el aya de ésta, doña Toribia Tapia. Su habitación estaba orientada hacia el Norte y daba a alguna de las ventanas del primer piso, que todavía se aprecian perfectamente. En lo demás, nada tiene de extraño que don Fulgencio escogiese su habitación orientada al Norte, pues ya se sabe que durante el invierno no residía en Beyrie. En la planta baja, con vistas al Mediodía, Levante y Norte, estaba el comedor, y al lado el cuarto de baño. Después de la muerte del señor Zabala, y durante los días 11, 12 y 13 de octubre de 1847, se procedió a inventariar los objetos existentes en el palacio, y que formaban parte de la testamentaria. En este acto intervinieron, como partes principales, María Nicolasa y su cuñado, Pedro María Queheille, como tutor de sus hijas, Hilaria y Casilda.

Posteriormente María Nicolasa quedó en posesión del palacio hasta su muerte, acaecida en Madrid el 6 de mayo de 1862. En su testamento nombró "única y universal heredera a D^a. Josefa Manuela de Ibarzabal, que vivía en su casa y compañía, y a falta de esta, a su esposo, D. Miguel de Cáncer y Clemares". Más tarde compró el castillo el Sr. Herce, de Beyrie, que luego lo vendió a D. Alfonso Etchats, de Saint-Palais. El Sr. Etchats, ingeniero civil, que estaba al frente de las minas de Somorrostro, casó en Bilbao con una inglesa protestante, y los hijos de este matrimonio son hoy los propietarios del citado castillo.

De aquí salió el señor Zabala a mediados de Julio de 1847, para acompañar a su hija que, como de costumbre, iba a tomar los baños de mar en Ciboure. Pero a los pocos días falleció allí mismo, a las seis de la tarde del día 10 de agosto. Don Fulgencio fué embalsamado y trasladado a Beyrie, donde sus restos reposan no en el cementerio común, que está alrededor de la iglesia, si no en el interior de la misma, entrando a mano izquierda, en la capilla de la Virgen. Así lo dice claramente la siguiente inscripción en una lápida puesta en la pared



Retrato de don Fulgencio Antonio de Zabala

PRIEZ
POUR LE REPOS DE L'AME DE
Don Fulgencio Antonio de Zabala
ENLEVE A LA TENDRESSE DE SA FILLE
LE 10 AOUT 1847.
IL A CONSERVE SON AME PURE,
ET LE SOUVENIR DE DIEU REMPLISSAIT SON COEUR.
IL A PASSE SUR LA TERRE
EN FAISSANT DU BIEN A TOUS.

Como puede notarse, estas últimas palabras, basadas en textos de la Sagrada Escritura, contienen un encendido elogio y un resumen admirable de la vida del difunto. Junto a esta lápida, en el suelo, hay una losa sepulcral con este hermosísimo epitafio en castellano:

DETEN EL PASO Y ORA, CAMINANTE,
QUE AQUI SE ESCONDEN BAJO LOSA FRIA
LOS DESPOJOS DEL PADRE, QUE CONSTANTE
AMA Y RECUERDA SIEMPRE EL ALMA MIA.
LORO SU MUERTE EL INFELIZ MENDIGO,
Y EL HUERFANO Y LA VIUDA DESVALIDA
LLOROLA EL DESGRACIADO Y EL AMIGO
Y YO LA LLORARE TODA MI VIDA.

R. I. P.

Hasta aquí las breves noticias que he recogido directamente de D. Fulgencio Antonio de Zabala, y que he presentado al lector de una manera rápida y esquemática. Pero todos estos datos que constituyen, como quien dice, el esqueleto, nada más, de la vida del insigne hijo de Zalla, había que rellenarlos con detalles importantes, a fin de que todo el conjunto adquiriese la debida forma orgánica y compacta. Para llevar a cabo esta tarea, ninguno más indicado que el P. José Areso, íntimo amigo del señor Zabala y su capellán y director espiritual durante los últimos once años de su vida. Ambos se conocieron por primera vez durante la famosa misión de Bilbao, en diciembre de 1832. Por lo visto, la predicación del célebre misionero navarro gustó de tal manera al entonces concejal del Ayuntamiento de Bilbao, que esto fué el origen de una amistad leal y sincera que se profesaron luego durante todo el resto de su vida. Desde Olite, y en el mes de mayo de 1835, escribía el P. Areso una carta "a un caballero amigo", manifestándole sus deberes para con

Dios y para con su familia. Aunque no lo dice expresamente, yo creo, por todos los detalles de la carta (el destinatario es viudo, con una hija y su aya, etc.), que no hay duda de que este amigo no es otro que el señor Zabala. Por esta misma fecha dirigió también otra carta a la hija de D. Fulgencio, María Nicolasa, acerca de algunas virtudes principales que debía practicar.

En lo demás, hay que decir que la hija siguió fielmente las huellas de su padre. También ella estuvo intimamente vinculada al P. Areso, sobre todo cuando éste se consagró de lleno a su obra de restauración de la Orden Franciscana en la nación francesa. Efectivamente, en los anales de la Provincia de San Luis, fundada por el egregio franciscano navarro, aparece María Nicolasa de Zabala en el número de los principales bienhechores. En 1850 regaló 27 árboles para la construcción de la capilla, y para el arreglo del primer convento fundado en Francia después de la revolución de 1789. También dió tres armarios grandes para la cocina y para guardar la ropa, varios colchones, servicio de mesa, servilletas, ropa de cama, y el honorario de dos francos para una misa diaria por el alma de su aya, doña Toribia Tapia, durante los meses de noviembre y diciembre. En 1851 obsequió a la nueva comunidad, recientemente instalada, con cuatro barricas de vino del país, el honorario de dos francos para una misa diaria, durante todo el año, por el alma de su aya, doña Toribia Tapia, un armonio y la leña necesaria para todo el año. En 1852 dió mil francos para pintar la iglesia, una barrica de vino, la leña necesaria para todo el año y el honorario de dos francos para una misa diaria desde enero hasta agosto inclusive. Desde 1853 hasta 1860 proporcionó al convento la leña necesaria para todo el año. Finalmente, y con motivo de la segunda fundación hecha en Francia por el P. Areso, María Nicolasa contribuyó con veinte mil francos para el convento de Amiens. Por eso durante mucho tiempo la comunidad de Amiens cantaba una misa solemne por ella todos los años, y la encomendaba también en la estación del Santísimo que rezaban después de la refección del mediodía.

Como veremos más adelante, María Nicolasa tuvo siempre presentes las enseñanzas del P. Areso, y también supo sacar provecho de las admirables lecciones que le daba su aya, la señorita Toribia Tapia, estrechamente ligada con la familia Zabala. Nacida en Cerro de Pasco (Perú), de padres ricos, la señorita Tapia educóse en un convento de religiosas de la enseñanza en la ciudad de Huánuco. Deseando ser religiosa, marchó a Lima, y ya lo tenía todo arreglado cuando cayó gravemente enferma. Después de reponerse de esta enfermedad, quiso llevar a cabo su propósito de ingresar en el con-

vento, cuando el General revolucionario San Martín se dirigía con sus soldados a conquistar la ciudad de Lima. Viendo, pues, que en su patria no podría vivir conforme a su vocación, embarcóse con rumbo a España, creyendo que aquí lograría ver su sueño realizado; pero tampoco esta vez pudo conseguir lo que pretendía, pues, al llegar a Europa, se enteró de la situación crítica por la que atravesaban entonces las órdenes religiosas de nuestra patria. Durante el viaje tuvo ocasión de conocer a la familia Zabala que venía en el mismo buque. En vista, pues, de que tampoco en España podía ser religiosa, accedió de momento a la petición de don Fulgencio que, prendado de sus buenas cualidades y virtudes, le propuso quedarse en su compañía para suplir la falta de su mujer en la educación de sus hijas y en el gobierno de su casa. No se equivocó, por cierto, el señor Zabala en la elección que había hecho, y la señorita Tapia, por su parte, supo portarse siempre de tal manera, que pronto se conquistó la simpatía, el respeto y el aprecio de su señor, hasta tal punto que en adelante fué considerada siempre como un miembro de la familia, con la que vivió hasta poco antes de su muerte. En agradecimiento por los buenos servicios prestados don Fulgencio le dejó en su testamento la suma de 30.000 francos, y ella, a su vez, al morir santamente en Bilbao el 29 de abril de 1848, ofreció esta cantidad al P. Areso con destino a la fundación de un convento de misioneros franciscanos. Efectivamente, este dinero se invirtió en la preparación del primer convento fundado por el insigne restaurador de la Orden franciscana en Francia, y por eso la señorita Tapia, que era Terciaria Franciscana, figura también en la lista de los bienhechores de la Provincia de San Luis. Durante muchos años la comunidad de Sant-Palais cantaba una misa solemne en el día del aniversario de su muerte, y los religiosos rezaban todos los días por su alma la estación del Santísimo después de la refección del mediodía.

Pero volvamos nuevamente a hablar de las relaciones entre el P. Areso y el señor Zabala. Tan pronto como éste se instaló en su palacio de Beyrie, y una vez decretada la excomunión de los religiosos por el gobierno anticlerical de España, más de una vez le escribió a aquel, ofreciéndole su casa para todo lo que le ocurriese. Por eso, cuando en enero de 1837 el ilustre misionero navarro atravesó a pie los Pirineos por Valcarlos, con ánimo de dirigirse a las misiones de América del Sur, tuvo en cuenta este generoso ofrecimiento tantas veces repetido, y fué a hospedarse en casa de su amigo. Pero Dios dispuso las cosas de tal manera, que el celoso misionero del colegio de Olite no pudo llevar a cabo su propósito de embarcarse para las misiones de América, y tuvo que quedarse en Fran-

cia, en compañía del señor Zabala, que desde entonces lo tuvo en su casa no sólo como amigo, sino también como su capellán y director espiritual. Por ello el P. Areso, que llega a llamarlo "su segundo padre", vivió constantemente con él hasta el último momento de su vida, y aun después de su fallecimiento, tuvo que intervenir activamente en varios asuntos relacionados con la testamentaria, como guardián y custodio de los objetos del castillo de Beyrie, cuya presentación corrió también por su cuenta al proceder al inventario de los mismos.

En Beyrie es donde ambos amigos tendrían más ocasión de tratarse, por el mucho tiempo de que dispondrían "en esta agradable y dulce soledad", como hermosamente la llamaba el misionero navarro en una de sus cartas. Por eso siempre hablaba de ella con cierta emoción y nostalgia, y él mismo nos confiesa que le "costaba dejar este dichoso desierto". Y es que, verdaderamente, el castillo de Beyrie, alejado del mundanal ruido, y en situación tan pintoresca, se prestaba admirablemente para el estudio y la meditación, y así nada tiene de extraño que tanto el P. Areso como el señor Zabala se sintiesen completamente felices en este retiro. ¡Qué coloquios tan estupendos y maravillosos tendrían aquellas dos almas privilegiadas, dentro de los muros de este palacio, hoy tan triste y silencioso! Allí se comunicarían ambos, director y dirigido, tantos secretos propios de las almas santas y dedicadas totalmente a la vida del espíritu. Y así, en este ambiente, es como comprendemos mejor el alcance y verdadero valor de ese maravilloso retrato que nos ha pintado el predicador navarro, al hablarnos de su hijo espiritual.

En tres ocasiones se ha ocupado el P. Areso de la vida edificante y ejemplar de don Fulgencio, y en las tres nos ha transmitido una admirable semblanza de este "indiano", como hoy lo llamarían algunos, que con su vida demostró cómo el hombre puede santificarse aún viviendo en medio de los negocios y entre las riquezas. La primera vez fué poco después de su muerte, es decir, por el mes de octubre de 1847; la segunda hacia 1860, o por lo menos antes de 1862, pues dice que "vive todavía María Nicolasa", y la tercera en 1864. De estas tres versiones las dos primeras permanecen totalmente inéditas, y yo he tenido la suerte de encontrarlas en el archivo provincial de los Padres Franciscanos de Toulouse. De la tercera puede afirmarse también que es casi inédita pues, como solamente se publicó en francés, apenas es conocida del público español. Tal vez la redacción francesa se hizo, en general, teniendo a la vista la segunda castellana, aunque ésta es bastante más amplia y detallada. De todos modos, no hay duda de que esta segunda versión está preparada con miras a ser publicada, como se infiere del comienzo de la misma.

La primera redacción, es decir, la de 1847, va dirigida en forma de carta moralizadora, como acostumbraba el misionero franciscano, a su hermano de hábito el P. Antonio Yoldi, también amigo del difunto. Esta redacción, aunque se conserva sólo en borrador, es la más completa y, a mi modo de ver, la más importante, ya que está escrita poco después de la muerte de don Fulgencio, y por lo tanto, con mucho más calor y viveza que las otras dos, al mismo tiempo que nos ofrece, en general, más noticias biográficas y mucho más detalladas. Esto no quiere decir, sin embargo, que sea del todo completa, ya que en las otras dos redacciones, aunque mucho más breves, sobre todo la tercera, se encuentran, a veces, detalles importantes que no constan en la primera. Por eso, a fin de presentar a los lectores de una manera lo más lograda posible el pensamiento del autor he creído oportuno tomar como guía principal la primera redacción, pero añadiendo en su lugar correspondiente, conforme venga al caso, y entre corchetes, algunos datos complementarios de la segunda, y poniendo al pie del texto, y traducido al castellano, alguno que otro detalle de la tercera. En cuanto a la presente redacción debo advertir que he procurado en general respetar el original, si bien esto no quiere decir que en más de una ocasión no haya introducido por mi cuenta, sin advertirlo, algunas correcciones, sobre todo en lo que se refiere a la ortografía. Para más claridad y precisión he numerado y subrayado los distintos apartados de que se compone la biografía, y he puesto de mi cosecha, al pie del texto, algunas notas aclaratorias que servirán para comprender mejor el pensamiento del autor.

I I

¡Viva † Jesús! Amantísimo Fr. Antonio: Recibí su apreciable del 19 de octubre de 1846, escrita en Santiago de Chile; y antes de hablarle sobre su contenido, voy a comunicarle la muerte de nuestro amigo don Fulgencio Antonio de Zabala, acaecida en Ciboure el 10 de agosto del presente año. Antes debía haber escrito a V. para que lo encomendase, pero me lo han impedido mis ocupaciones y la aflicción en que toda esta familia ha quedado, que verdaderamente ha necesitado de consuelo y ayuda, sobre todo doña María Nicolasa de Zabala. Ahora que tengo un poco más tiempo, comunicaré a V. algunas particularidades de la vida y muerte del difunto, ya en honor y obsequio de lo que le amaba, ya para desahogar un poco mi corazón afligido.

- 1) *El señor don Fulgencio fué un católico observante de la reli-*

gión.—Nació en Zalla, población de la provincia de Vizcaya, en España. [Sus padres fueron humildes, pobres, pero honrados labradores. Siendo todavía muy joven, se lo llevó a América un tío que tenía, marino. Empezó el comercio en Buenos Aires, lo continuó en Mendoza y, por último, en Lima. Siguió los negocios con tanto tesón, acierto y honradez, que hizo una brillante fortuna. No perdonó ni a fatigas, ni a largos y penosos viajes para salir con su empeño, tanto que me dijo más de una vez: "Si lo que yo hice por ganar dinero, lo hubiera hecho por hacerme santo, ya sería ahora uno de los más grandes de la Iglesia."

Sin embargo, en medio de sus negocios, no se olvidó que era cristiano y que tenía un alma que salvar. En lo más florido de su edad se entregó a Dios sin reservas, y practicó todas las virtudes hasta su muerte. Varios años antes de salir de Lima tomó por director al R. P. José Echeverría, agustino, y también al R. P. Arrieta, franciscano, que murió arzobispo de Lima. Bajo tan santa y sabia dirección tomó el hábito de la Tercera Orden de San Francisco e hizo admirables progresos en la perfección cristiana. Era tan exacto en sus ejercicios religiosos que si a la hora en que acostumbraba por la tarde cerrar el almacén para asistir a ellos, llegaban compradores, les decía que su hora de ir a la iglesia había llegado, y así que volviesen al día siguiente, si lo tenían por conveniente. Por las mañanas madrugaba, hacía su oración y oía una o dos misas antes de emprender sus negocios de comercio. Confesaba y comulgaba frecuentemente; observaba los preceptos de Dios y de la Iglesia con exactitud, y todos los años se retiraba ocho días a la casa de ejercicios para purificar más y más su alma en la soledad.

Cuando la revolución amenazaba a Lima don Fulgencio Antonio de Zabala se embarcó para Europa con dos hijas que le había dejado su esposa difunta, el P. Fr. Miguel, franciscano aragonés, y doña Toribia Tapia, señorita de una familia rica de Cerro de Pasco, que quería ser religiosa en España, y a quien las circunstancias de nuestra nación obligaron a vivir en su compañía. Don Fulgencio pasó tres años en Burdeos, donde no quiso seguir el comercio, ni después se ocupó de ello por entregarse más y más a Dios.

El año 1824 se estableció en Bilbao, y allí permaneció hasta el año 1834 en que vino al palacio de Beyrie (Bajos Pirineos), que había comprado cuatro años antes. En Burdeos, así como en Bilbao, practicó las virtudes que había comenzado en Lima con una constancia admirable, tanto más cuanto que ya se veía libre del comercio y no tenía sino que pensar en Dios. En Francia igualmente su virtud no se desmintió jamás. Los veranos los pasaba en su propiedad de Beyrie, y los inviernos en Bayona o en Pau. En donde

quiera que estuviese, su vida era la misma, sin disminuir jamás los ejercicios de virtud.

Se levantaba a las cinco o cinco y media de la mañana infaliblemente, y después de ofrecer sus obras al Señor y hacer sus devociones acostumbradas, tenía media hora de oración. A las seis y media o siete iba a la iglesia, y oía una, dos o tres misas de rodillas en tierra y sin moverse. A las ocho desayunaba con toda la familia, y en seguida se leía la vida del santo del día por Croisset, con las reflexiones, meditación y propósito. A esta lectura asistía toda la familia, así como también en la misa debían asistir todos en la iglesia o en el oratorio. Después de la lectura espiritual don Fulgencio se metía en su gabinete para despachar su correspondencia y hacer los asientos necesarios en los libros de cuentas e intereses. En esto también era exactísimo. A las once y media hacía su examen particular de conciencia, y después daba un paseo hasta la una, en que comía. Después descansaba un rato, para emprender las tareas de la tarde. Hasta las cuatro y media o cinco se ocupaba también en su gabinete, en cuya hora iba a la iglesia y pasaba delante del Santísimo Sacramento una hora u hora y media en oración mental y de rodillas. Después se retiraba a su casa, para no salir hasta el otro día, a no ser en verano, que salía un rato al campo. A las siete y media en invierno, y en verano a las ocho, rezaba el rosario con toda la familia, y en seguida tenía lectura espiritual y oración media hora o tres cuartos de hora. En seguida cenaba, y antes de acostarse, aún pasaba media hora en el examen de conciencia y otras devociones.

Esta fué la vida constante de don Fulgencio Zabala en el espacio de más de treinta años antes de morir. No digo bastante, pues hay mucho más que referir. Había días que hacía tres y cuatro horas de oración mental de rodillas, inmóvil como una piedra. Ayunaba tres días por semana, además de los ayunos de la Iglesia. Se confesaba los miércoles y sábados; comulgaba los jueves y domingos y algún otro día que se le permitía.]

2) *El señor don Fulgencio fué también un verdadero padre de familia.*—Estuvo casado en Lima con doña Micaela Rodríguez, y vivió con ella en paz y armonía. Quedó viudo en lo más florido de su edad, y aunque tuvo proporciones ventajosas, no quiso repetir matrimonio y guardó la castidad hasta morir. De cuatro hijas que sobrevivieron a su señora, dos murieron en Lima, y las otras dos vinieron a Europa con su señor padre y su recomendable aya y maestra, doña Toribia Tapia. Les dió una educación cristiana; les imprimió el amor al trabajo y horror a la ociosidad, madre de todos

los vicios; les hablaba frecuentemente de lo perjudicial que es el lujo a las casas y a las costumbres, y que no había una cosa que más recomendase a una señorita que la virtud de la modestia. Con estas y otras lecciones que continuamente les daba, han salido dos señoritas de honor; la una casó con un comerciante de San Sebastián, y al poco tiempo murió; la otra se mantiene soltera, y ha preferido al matrimonio el estado de celibato y conservándose siempre al lado de su señor padre. [No la permitía ir a los teatros, balles y demás diversiones mundanas, pero sí las diversiones cristianas con sus amigas dentro y fuera de casa. Es verdad que casi siempre iba acompañada de doña Toribia, que hacía veces de madre. ¿Y es esto reprehensible? Por el contrario, ¿no es digno de elogio? Si doña María Nicolasa no se casó fué porque ella misma no quiso.] Ha tenido varios pretendientes para casarse, jóvenes distinguidos ya por su saber, ya por sus casas y bienes de fortuna. Su señor padre, a quien dirigían las pretensiones, se las manifestaba siempre y le decía: “De todos los que te han pretendido elige el que más quieras y, si quieres algún otro, igualmente. No mires que sea rico o pobre, pues tienes abundantes bienes temporales, y sí sólo que sea un joven virtuoso, pues de lo contrario serás infeliz. ¿Cómo se puede esperar que sea un buen marido un hombre vicioso y que no teme a Dios?”. De este modo hablaba a su hija, dejándola en plena libertad de casarse, ser religiosa o estar soltera en su compañía. El mundo tal vez no lo creerá; pero que pregunte a doña María Nicolasa, y ésta responderá que es verdad cuanto digo y más que podría decir. ¡Oh si todos los padres se portasen así con sus hijos, qué diferente estaría el mundo!

Y no se limitaba el señor Zabala a cuidar de sus hijos; cuidaba también de sus criadas y demás familia. No sólo pagaba puntualmente el salario a sus sirvientes, sino atendía también a su bienestar y, sobre todo, a la salvación de sus almas. No podían darle mayor consuelo sus hijos y criados que verlos frecuentar los sacramentos, practicar las buenas obras y huir de la profanidad y peligros del mundo. A esto les exhortaba continuamente con sus palabras y ejemplos, y jamás consintió tener en su casa criados disolutos. El señor Zabala fué igualmente un

3) *Amigo fiel y sincero*.—La amistad de un hombre de bien es aquel inestimable tesoro que posee —dice el Sabio— quien tiene un amigo verdadero. Este tesoro es desconocido entre las gentes del mundo, donde todas son protestas fingidas de amistad y sólo se halla en el corazón de las personas sólidamente virtuosas. “Dios me es testigo —escribía San Pablo a los filipenses— de cuán tierna-

mente os amo en las entrañas de Jesucristo." He aquí el origen de la verdadera amistad, la que tiene por principio a Dios y a la virtud. No hay verdadero amigo sino aquel que nos ama en las entrañas de Jesucristo.

Tal fué el señor Fulgencio. Que digan sus amigos si alguna vez les faltó en sus palabras y promesas. Jamás ofreció una cosa, que no la cumpliera fielmente, ni jamás prometía lo que no tenía intención de cumplir. Cuando la revolución comenzó su carrera devastadora en España, el señor Zabala se vino a su propiedad de Francia, desde donde me escribió varias veces ofreciéndome su casa para todo evento. A pesar de todos los peligros permanecí en el convento hasta que el Gobierno de Cristina nos mandó salir, y entonces admití la oferta de mi amigo, y vine a su compañía, aunque con ánimo de pasar a América. La obediencia me ordenó permanecer en este país y, sin embargo, de las diferencias ocurrencias, y algunas desagradables, el señor Zabala jamás me abandonó. Cuando salí desterrado de Bayona por la causa de Dios el año 43, hasta se privó de vivir en aquella ciudad por no separarse de mí. ¡Oh! siempre me respetó como a Padre y me amó como si fuera su hijo.

Según esto —tal vez me replicará V.— ¿le habrá dejado en su testamento alguna manda para después de sus días? Nada me ha dejado, y en esto he recibido una nueva prueba del amor y respeto que me tenía. Me explicaré. A los pocos días de mi llegada a Bayona, en enero del año 1837, se presentó una comisión de caballeros españoles al señor obispo de aquella ciudad pidiéndole me permitiese y autorizase para predicar la cuaresma inmediata a dos o tres mil españoles que en aquella época había allí. El Ilmo. accedió gustoso, y la misma comisión se me presentó suplicándome de parte del señor obispo y de los españoles para que les anunciase la divina palabra. Confieso que tenía entonces más gana de descansar que de trabajar; sin embargo, no pude negarme a tan piadosa petición, y les prediqué tres sermones por semana en toda la cuaresma. Viéndome trabajar en el púlpito y confesionario, no faltaron algunos impíos revolucionarios que dijeron: "Ya puede trabajar, que bien pagado será." Se concluyó la cuaresma, y no sólo no recibí un maravedí, sino que con las limonas de misas que algunas personas me habían encargado atendí y se pagó el gasto de cera y funciones que se hicieron. Después de algún tiempo lo supo mi fiel amigo el señor Zabala, y me quiso señalar una renta anual para atender a los gastitos que me podían ocurrir por causa de mi ministerio u otros acontecimientos. Yo le respondí que no lo hiciese, pues me había venido a su casa como amigo, y además era hijo del pobre San Francisco, y como tal quería continuar. Algún tiempo después me dijo que quería dejarme una

manda en su testamento para que, después de su muerte, tuviese con qué subsistir. Igualmente le contesté que no, pues yo tenía confianza en la divina Providencia, y eso me bastaba. Conforme a esto ha dejado en su memoria testamentaria la siguiente cláusula: “Recomiendo muy particularmente a mis herederos a Fr. José Areso que me acompaña y sirve hace más de cinco años. Quise señalarle una manda y no quiso aceptarla, diciendo confiaba en la Providencia.” Aquí hallo yo lo que dije arriba, esto es, una nueva prueba del amor y respeto que me tenía; de amor, pues no me olvidaba, ni aun para después de su muerte; de respeto, pues no quiso hacer lo que le manifesté que no quería hiciese. ¿Se encuentran muchos amigos como éste en el mundo? Pues tampoco se hallan muchos bienhechores de los pobres como él. Sí, don Fulgencio Zabala fué el

4) *Padre de los pobres.*—Muchas veces pronunciaba aquellas expresiones caritativas de San Lorenzo diácono, de San Antonio, de San Lorenzo Justiniano y de tantos otros santos, esto es, que los pobres son los acreedores y tesoreros de los ricos; y aquellas otras, que por las manos de los pobres se envían los bienes al cielo; y las del Evangelio: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.” Sí, dichosos los ricos que no tienen pegado su espíritu a las riquezas, y dichosos los pobres que no desean con desmedida ambición los bienes de la tierra.

Empapado en estas máximas cristianas, el señor Zabala derramaba generosamente sus bienes en manos de los pobres. El mismo había adquirido y hecho un capital brillante con el sudor de su rostro; él mismo lo conservó con su cuidado y buena dirección, y las rentas que le producían sus bienes las enviaba a los hospitales, a las casas de las viudas y huérfanos, a los conventos de las pobres religiosas españolas, a los tristes y miserables emigrados, a los templos de Dios para su culto y veneración, a los militares estropeados, a los jornaleros imposibilitados de trabajar. [Si Dios me ha dado bienes —decía— no es para mí sólo. Después que yo tome para mí y mi familia lo que necesitamos, lo restante Dios me ordena que lo ponga en manos de los necesitados. Así aseguro un tesoro en el cielo, y espero que también el Señor bendecirá mis bienes en la tierra. No se engañó en sus esperanzas. No sólo conservó su **grande capital**, después que se retiró del comercio, sino que lo aumentó. En unos tiempos tan difíciles, de tantas trampas y bancarrotas, Dios bendecía la dirección que don Fulgencio daba a sus intereses, y cuanto más daba a los pobres, más tenía. Parece que llovía dinero sobre las manos caritativas del señor Zabala. Cien o doscientos ricos juntos, con tantas o mayores rentas que dicho señor, no hacen tantas limosnas como él hacía. No sé de dónde sacaba tanto para dar. No

digo bien; lo sé, y lo voy a decir. Don Fulgencio tenía una prudente economía en su casa; detestaba el lujo, destructor de los bienes y corruptor de las costumbres; no gastaba en bailes, teatros y convites que absorben grandes caudales; no tenía coches ni carrozas, ni muchos criados, ni docenas de perros y caballos, ni tantas otras cosas en que los ricos mundanos consumen sus tesoros. He aquí de dónde sacaba don Fulgencio dinero para socorrer necesidades.] ¡Oh cuántos y cuántas lo han llorado y lloran! El que quiera cerciorarse de lo que digo, que venga, y la señorita doña María Nicolasa, hija del difunto, y yo le enseñaremos una multitud de cartas que después de la muerte del señor Zabala nos han escrito aclamándolo en todas su bienhechor y su padre, y mojado con lágrimas el papel en que escriben. Ya ha muerto el padre de los españoles, decían no pocos en Bayona, cuando se le hizo el funeral en aquella ciudad. Ya ha muerto el que tantas veces nos ha librado de los horrores del hambre, escribía una monja de Zaragoza. Ya ha muerto...

Pero lo más admirable es que hasta pocos años ha no ha sido tenido por un hombre caritativo, sino al contrario. Diez años pasó en Bilbao; todos los años empleaba en limosnas miles de duros, y generalmente se creía que no daba limosnas, sino algún sos a los pobres que andan de puerta en puerta. Cinco años hacía que estaba en Bayona continuando sus limosnas, y se creía que no daba limosna. Aún vive don Jerónimo Vivanco, amigo del difunto, a quien un caballero dijo: “—¿El señor Zabala no da limosna? —La da —respondió el señor Vivanco. —Sí, dará algún sos. —También miles de francos —le replicó. Esto pasó en Bayona hace seis o siete años. ¿De dónde, pues, nació esta opinión, que el señor Zabala no era limosnero o caritativo? De su humildad; de que no quería que el humo de la vanidad le robase lo que él hacía por sólo agradar a Dios. Lo primero que encargaba, cuando daba una limosna, era que no se supiese quién la daba; y como casi todas sus limosnas eran por mano de tercera persona, nadie, o muy pocos, sabían que el señor Zabala hacía limosna. Testigos son de lo que digo el señor don José Joaquín Zuazo, sacerdote de Bilbao; el P. José Gabriel Echeverría, religioso agustino actualmente en Sevilla; don Pedro Mariano Anitua, durante los años que estuvo en Bayona; el P. Fr. Antonio Bardina, religioso franciscano en Zaragoza, y otros que todavía viven, y entre ellos el que escribe esta carta. Son innumerables las necesidades de toda clase que el señor Zabala ha socorrido por mi intercesión. Confieso que no pocas veces temía presentarme a él para leerle tantas cartas que de una y otra parte me llegaban pidiendo una limosna, para manifestarle las necesidades que en esta

y la otra casa había; pero igualmente confieso que jamás me recibí con desagrado viendo me interesaba por los pobres, y sí siempre con amor y cariño. ¡Qué innumerables necesidades fueron socorridas, aunque no todas, porque era imposible! Testigo es, por último, el que, al ver el inventario, dijo: “¿no hay más?; ese capital tenía hace muchos años, y podía haberlo doblado”.

Y ¿cómo se venció la repugnancia que tenía de que se supiesen al menos algunas de sus limosnas? Lo diré. En una de las ocasiones que, por mi mediación, hizo una limosna considerable, encargó, como lo tenía de costumbre, que se guardase secreto y no se dijese que él daba aquella cantidad. ¿Y, por qué —le dije— encarga V. con tanto empeño y tan constantemente el secreto de las limosnas que hace? Y me contestó: “Porque Jesucristo nos dice por boca de San Mateo: “Cuando hicieres limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha, y tu Padre celestial, que ve la limosna que se hace en secreto, te dará el premio.” Está bien —le dije— que V. haga muchas limosnas en secreto y que no pretenda recibir el premio sino de Dios; pero también hay un precepto del Señor que nos manda dar buen ejemplo. Y cuando se sabe que uno es rico, y se ignoran absolutamente sus limosnas, de modo que generalmente se cree que no las da, ¿da buen ejemplo? No. Pues, ¿cómo compondremos el buen ejemplo con el secreto de la limosna? Fácilmente. A esas palabras que V. me ha citado de San Mateo preceden otras en que el mismo Jesucristo dice: “No hagáis el bien por ser vistos de los hombres, porque, en tal caso, no recibiréis el premio de vuestro Padre que está en los cielos. Cuando, pues, hicieres limosna, no toques la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas, para ser honrados por los hombres. Hazla en secreto, ora en secreto, y tendrás el premio en el cielo.” De todo este pasaje del Evangelio se infiere claramente que debemos hacer el bien por sólo agradar a Dios, pero no siempre tan oculto, que nada de bueno vean nuestros prójimos en nuestra conducta, pues entonces no les daremos buen ejemplo, como a ello estamos obligados. Todo esto fué necesario para que el señor Zabala no se opusiese en adelante con todo rigor a que, a lo menos algunas veces, se supiese que él hacía la limosna. He aquí una prueba incontrastable del buen espíritu que le animaba. Pero sigamos. También es prueba de

5) *Su humildad.*—Humildad, que es el cimiento de todas las virtudes. Sí, humildad respiraban sus palabras y sus obras; humildad inspiraban su aposento y hasta sus vestidos. Para dejar éstos, cuando ya estaban muy usados, era necesario decirle; “Señor Zabala, hay un pobre medio desnudo para quien vendrán muy bien esa levita y pantalón; y un señor desgraciado que casi no tiene con qué

cubrir sus carnes, el que será remediado con esa capa que para V. no está buena".—¿Es verdad?—Sí, señor.—Pues lléveselos V.—Si no se le tocaba el resorte de la caridad, respondía muy humilde: "Aún puedo pasar con estos vestidos; están muy buenos." Jamás hablaba de sus riquezas, ni hacía ostentación de ellas, ni se envanecía por sus bienes terrenos a los que llamaba un poco de barro. Si alguno se descuidaba en decirle: "V. es muy rico y muy bueno", se humillaba y respondía: "De dinero y de bondad, la mitad de la mitad, y temo que nada tengo de la última". Detestaba la profanidad y el fausto, y jamás lo consistió en su casa y familia. Era humilde hijo de la Tercera Orden de San Francisco, y se conducía como tal. En Lima salían los Terceros, por su turno, a pedir limosna por las calles, para atender a los gastillos de las funciones religiosas de los mismos Terceros. Algunos ricos, por no pasar por esa humillación, encargaban a otro el pedir limosna, o sacaban de su bolsillo la que habían de recoger, poco más o menos, la metían en la cajeta, y la presentaban después, como si la hubiesen recogido por las calles. No lo hacía así don Fulgencio. Por no perder el mérito de la humildad, él mismo pedía por las calles, y lo hacía con tanta compostura, que edificaba a cuantos le veían.

Cuando daba la limosna a algún señor pobre, y éste le correspondía con mil auras, llamándole filantrópico y otros cumplidos humanos, don Fulgencio se quedaba triste y silencioso, y me llegó a decir más de una vez: "Este estilo mundano me resfría el deseo de dar limosna a tales personas". Pero cuando le contestaban: "Dios se lo pague", le sucedía todo lo contrario; se quedaba contento y me decía: "Esa palabra me llena el corazón de alegría, y me aumenta el deseo de dar limosna". Esta es otra prueba de su humildad, pues no quería las lisonjas del mundo, y sí sólo que Dios fuese su recompensa.

Jamás reprendía a sus hijos y sirvientes con cólera, altivez y soberbia, y sí siempre con apacibilidad y dulzura. Les avisaba y hacía conocer sus faltas con palabras llenas de cariño, y su más ordinaria reprensión era guardar un silencio grave hasta que se reconocía el que había cometido el defecto; entonces él mismo lo consolaba. Si en alguna ocasión le parecía que había causado pena o disgusto a otro, al poco rato lo buscaba con una cara risueña, y con mucha humildad le daba satisfacción, o le hacía conocer con sus palabras y modales alegres que no buscaba sino su bien; y esto practicaba hasta con sus hijos y criados. Acostumbraba todos los años retirarse ocho días a una casa de ejercicios, y algunas veces los hizo en su casa con su familia. En estas ocasiones aún daba mayores ejemplos de humildad, pues algunas veces servía él mismo a la mesa, como si fuera un criado, y hacía otras cosas de grande edificación.

Tal vez algún mundano dirá que eso es abatirse, hacerse despreciable e inútil para todo; pero la Religión y el buen cristiano dicen que nunca el hombre es más grande que cuando más se humilla. Yo por mi parte puedo asegurar que pocos padres he visto que hayan sabido ganar y conservar tan justamente sus bienes como don Fulgencio de Zabala, ni que hayan sido tan respetados y amados de su familia y aún de los extraños.

Fué prior del Consulado en Bilbao; también fué individuo del Ayuntamiento de dicha villa, y no sólo dió pruebas de su rectitud, justicia e imparcialidad, sino que se hizo respetar y sostuvo su autoridad hasta el fin. [No había seguido la carrera de los estudios; pero las máximas del Evangelio, la práctica de la virtud y la experiencia le habían hecho apto para desempeñar esos destinos con honor. No diré que el día en que fué nombrado prior del Consulado fué para él un día de luto, y que no hubiera admitido dicho empleo a no haberse cruzado personas que tenían mucha influencia sobre su conciencia; pero sí referiré un caso, entre otros, que demuestra que su rectitud no se doblaba por ningún interés ni respeto humano. Sucedió que un rico comerciante de Bilbao presentó, o se vió obligado a presentar, géneros que eran contra la ley; dijo que eran para el Palacio Real; amenazó a don Fulgencio con el Gobierno de Madrid; y don Fulgencio contestó imperturbable: "Esto está prohibido por la ley; yo no puedo obrar contra ella, ni lo haré, aunque V. me amenaze con la indignación del Rey". Muchas veces me dijo: "Los jueces en mi concepto, deben conocer en un principio por qué parte está la justicia; porque después es difícil conocerla, ya por los embrollos o sutilezas de los abogados, ya por las calumnias y mentiras de las partes irritadas. Los inteligentes en esto pueden juzgar si don Fulgencio tenía, o no, razón; si juzgaba, o no, con rectitud].

En Lima fué tenido y respetado por un hombre íntegro e incapaz de transigir con la maldad ni la trampa, y en todas partes ha sido conocido por un hombre de bien y de carácter. En una palabra, el mundo nos da pruebas continuas de que el impío no sabe sino hacer mal, al par que el señor Zabala nos ha dado una prueba más de que el cristiano verdadero y humilde es un casado fiel, un padre bondadoso, un amo compasivo, un amigo sincero, bienhechor de la viuda y del huérfano, amante de la humanidad, juez recto e incorruptible, comerciante justo y activo, un hombre sin ambición y apto para todo bien.

6) *El señor Zabala no hacía caso alguno del mundo, de ese vano fantasma que a tantos espanta y retrae para no emprender el camino de la virtud. He dicho vano fantasma, porque ¿qué otra cosa es el mundo? ¿De qué se compone eso que se llama mundo? De una caterva*

de libertinos e impíos que se mofan de todo lo más santo que hay en los cielos y en la tierra; de una multitud de hombres corrompidos y viciosos que no piensan sino en engañar y seducir y después reirse a costa de las personas seducidas y engañadas; de otra multitud de mujeres locas, profanas, sin pudor, que son el juguete e incentivo de los vicios y el escándalo de los pueblos. He aquí las gentes que componen eso que se llama mundo. ¿No merecen el mayor desprecio? Sí, y así lo hacía el señor Zabala. Ni concurría a sus diversiones profanas, ni asistía a los teatros, ni a los grandes convites, bailes, juegos ni reuniones de la gente ociosa. Todas estas cosas las consideraba como sumamente perjudiciales a los intereses espirituales y temporales. Muchas veces le oí decir: "El que sigue ese gran mundo, arruina su alma y su familia. ¿No es un dolor ver a los mundanos hacer grandes gastos para perderse y perder a los demás? ¿Quién puede mirar sin lágrimas a tantos infelices perecer de hambre, al paso que esos ricos disolutos gastan en un baile miles de duros? ¿Quién puede ver gordos y bien vestidos los perros y los caballos, y desnudos y hechos unos esqueletos los pobres nuestros semejantes? ¡Oh!, no me admiro que muchas casas opulentas vengán a la miseria, pues Dios no puede sufrir ese desorden". Si alguno le decía: "Señor Zabala, se ríen de V. en el mundo porque no gasta V. el tren que le corresponde como rico". —¿Y qué cuenta tengo yo con el mundo?, contestaba. —"Señor, dicen que lo hace V. por no gastar y así aumentar sus bienes". Dios sabe, respondía, que no es así, y me basta. Otras veces se sonreía, y nada contestaba a lo que decían en el mundo. Sólo pensaba en agradar a Dios; de lo demás no hacía caso alguno. En una palabra: entre seglares no he conocido un hombre que menos caso hiciese del mundo y que más despreciase sus vanidades. [Algunos de sus amigos le dijeron en una ocasión: "Señor don Fulgencio, ¿cómo pasa V. las noches de invierno, sin tener un rato de tertulia con sus amigos?" —Tengo tertulia con mis amigos, respondió, y tertulia muy gustosa, y con amigos sabios y tan sufridos que, cuando quiero, los dejo y no se enfadan. "¿Quiénes son? Mostrándoles su pequeña biblioteca, les respondió: Veán ustedes el *Año Cristiano*, el *Rodríguez*, etc... Con estos amigos que me dan sanos consejos tengo una deliciosa tertulia, una conversación que no me deja remordimientos de conciencia, sino, al contrario, me instruyen y me dan la paz del alma.]

7) *Era también penitente.*—La sal de la virtud es la mortificación, decía; y así ayunaba tres días a la semana, miércoles, viernes y sábados, hasta hace dos o tres años, que sus padecimientos no le permitían ayunar sino los viernes. Los ayunos de nuestra madre la Iglesia los cumplió hasta morir. Los cilicios y disciplinas no le eran

desconocidos, hasta que, por último, se le prohibieron, porque ya no lo permitía su salud. Mortificaba sus ojos, retirando su vista cuidadosamente de objetos peligrosos y no pocas veces aún de cosas inocentes. Tenía a raya y sujetaba su lengua. Hablaba muy poco, pero bien. Cuando no le gustaba la conversación, guardaba un continuo silencio con mucha gravedad del semblante. No murmuraba, ni quería oír murmurar del prójimo; y, si esto no bastaba, para hacer callar al que murmuraba, se retiraba. Si era persona inferior, le reprendía. No sólo mortificaba sus sentidos, sino también las potencias del alma. Sujetaba su entendimiento a las decisiones de la Iglesia, y miraba con horror las máximas anticristianas. Su memoria no la ocupaba en lecturas inútiles, y lo que no le importaba lo dejaba y lo olvidaba luego. En lo que más trabajó fué en domar su propia voluntad. Cuántas veces me decía: "Este amor propio, Padre mío, este amor propio quisiera aniquilar". No fué inútil su empeño. Tanto se venció, que, cuando el confesor le advertía alguna falta, no sólo no se excusaba, sino que le daba las gracias más afectuosas, y se corregía. Su natural era vivo e inclinado a la cólera; pero, en once años que le he tratado, no le he visto colérico ni enfadado.

8) *En fin, la vida del señor Zabala fué edificante y su muerte ejemplar.*—Cual es la vida, tal es la muerte. El mes de julio de este año 1847 fué el señor Zabala a Ciboure, donde debía tomar los baños de mar su hija doña María Nicolasa y doña Toribia Tapia. Hacía algunos que se sentía no bien de salud, y con los grandes calores que sufrió en el camino se descompuso más. El 19 de julio llegó a Ciboure con la familia, y continuó en pie hasta el 5 de agosto. Ya advertamos que no tenía gana de comer ni de salir a dar su paseíto acostumbrado; pero, como era tan sufrido y disimulado, nada nos decía, sino que era su ordinario padecimiento, esto es, una sequedad de vientre extraordinaria. Comulgó el día de Nuestra Señora de las Nieves en la parroquia, y ya apenas le podían sostener las rodillas para dar gracias. Aquella mañana quedó en cama, y pasó los dos días siguientes muy postrado, pero siempre con mucha serenidad y calma. El día 7 por la tarde se agravó más y más su enfermedad, y pasó una noche muy penosa. El 8, a las seis de la mañana, sin haberle yo prevenido nada, me dijo: "Padre Areso, esta enfermedad es grave; será mejor que me prepare para la eternidad". Yo le contesté: "El médico debe venir a las siete o las ocho, y veremos lo que dice. Pero, de todos modos, me alegro infinito que V. mismo me pida los sacramentos. Yo, ni por mi carácter, ni por la amistad que nos une, puedo dilatarle ese consuelo". Vino efectivamente el médico, lo visitó, y, habiéndole preguntado sobre el enfermo, me respondió: la cosa es grave. Le di las gracias por haberme

dicho claramente el peligro de morir en que se encontraba mi amigo, y luego previne a éste que, supuesto que él mismo conocía la gravedad de su mal, deseaba recibir los sacramentos, le iba a dar ese consuelo. Recibió esta noticia con tanta serenidad como si nada le pasase, y como si le hubiera dicho que se debía preparar para ganar un jubileo en la iglesia. Al cuarto de hora ya estaba preparado, y se confesó para morir, como cuando se confesaba para comulgar estando sano y bueno. No necesitó más tiempo un señor que tres días antes se había confesado, y que hacía muchos años que se estaba preparado para este trance. Después él mismo leyó una meditación para disponerse a recibir el santo Viático. Recibió al Señor con una serenidad y alegría que nos asombró, y con la misma dió gracias al Dios de la Majestad leyendo y meditando sobre tan alto misterio.

El día 9 recibió la Extremaunción con la misma serenidad y tranquilidad; él mismo volvía la cabeza, cerraba los ojos, abría las manos y presentaba los pies para ungirlos o hacer las santas uncciones. Cuando le presentaba el santo Cristo, lo adoraba y besaba con mucha ternura. Cuando le hacía algunas reflexiones, levantaba los ojos al cielo con una devoción que me hacía llorar. En una de estas ocasiones me observó y vió que lloraba, sin ser dueño de mi mismo para ocultárselo. Igual cosa pasaba al resto de su familia, y más a su tan querida hija doña María Nicolasa; pero él estaba tan sobre sí, que no sólo no le noté alteración alguna, sino que cuidaba de nosotros y preguntaba si habíamos comido, si dormíamos, si estábamos bien de salud. El médico, viéndolo con tanta serenidad el último día de su vida, retirándose, y en presencia de la familia, exclamó: “¡Oh!, no he visto un moribundo con un semblante tan tranquilo”.

Por fin, a las seis de la tarde del día de San Lorenzo, 10 de agosto, entregó su alma al Criador, dejándonos a todos en un llanto. Llorábamos y lo lloramos todavía por un doble motivo: uno de pena y otro de gozo; de pena, porque nos vemos privados de un padre cariñoso, de un amigo fiel, de un señor compasivo, de un bienhechor de los pobres; de gozo, porque nos parece le vemos en el cielo rogando por nosotros.

Quedó su cadáver tan hermoso que, lejos de infundir miedo, causaba consuelo el verlo. Yo no acertaba a separarme de su cabecera mucho rato después de haber expirado, y se me ha fijado su semblante risueño que no lo olvidaré jamás. Después de amortajado, su inconsolable hija doña María Nicolasa nos suplicó la dejásemos ver a su buen padre muerto, ya que no la habíamos permitido verlo morir. Yo, como por una parte veía el semblante del difunto tan agradable, y por otra instaba tanto por verle, creí que, lejos de aumentar

su pena, podría tal vez minorarla, si accedía a su súplica, y accedi. Así sucedió. Cuando se acercó, y vió el semblante de su señor padre tan claro, y su cara como risueña, exclamó: “Mi querido papá; si parece que está vivo”. Se arrodilló junto a él, besó sus manos, rogó por su alma, y no acertaba a separarse, porque, me decía, “aquí estoy más consolada”. Por último, como me había prometido de no estar más tiempo que el que yo le permitiese, obedeció, y salió del cuarto del difunto, pero me dijo: “Padre, si no me hubiera V. dejado ver a mi padre, creo que me hubiera reventado de pena. Pero ahora se me ha mitigado un poco por haber besado sus manos y visto su risueño semblante”.

Desde entonces no cesa de hacer sufragios por su alma. Embalsamó su cuerpo en Bayona, y le hizo solemnes funerales. A luego lo hizo transportar a su propiedad de Beyrie, donde le hizo otro solemne entierro, y lo colocó en un sepulcro nuevo que le hizo a un lado de la capilla de la iglesia. Así honró doña María Nicolasa, como buena hija, a su buen padre, y no cesa de honrarle con sufragios por su alma y cumpliendo todas las mandas piadosas que dejó en su testamento. Así le ha honrado su familia, y le honran tantos otros con sus lágrimas y oraciones. Yo también ha querido escribir estas líneas para perpetua memoria de un varón tan ejemplar, para edificación del pueblo cristiano y en agradecimiento al amor que me tuvo.

He aquí una relación breve y sencilla de la vida y muerte de don Fulgencio Antonio de Zabala. Los cristianos tibios dicen que estos tiempos no son como aquellos en que los hombres hacían tanta penitencia y vivían tan entregados a Dios y tan abstraídos del mundo. Pues don Fulgencio de Zabala de estos tiempos era, y vivió en penitencia y abstracción de todo lo criado, como los cristianos de los primeros siglos. Su conducta condena la nuestra y nos hace inescusables delante de Dios. “*Condemnat autem justus mortuus vivos impios. Este justo muerto reprende a los vivos impios.*” “Pudo quebrantar la ley de Dios, y la guardó; pudo hacer el mal, e hizo el bien”, pudo ser avaro, y fué caritativo, pudo ser un padre escandaloso, un amigo infiel, un hipócrita intrigante, un perverso e impío, y fué un padre ejemplar, un amigo fiel, un cristiano sincero, edificante, equitativo y justo. El Señor le dió bienes de fortuna, y como esos ricos impíos de que habla el Evangelio, pudo o disiparlos, viviendo lujuriosamente, o aumentarlos mediante una sórdida avaricia; pero ¡bendito sea Dios!, que no poseyó los bienes sino para ser el padre de los pobres, el asilo de los extraños, el consolador de la viuda y el protector del huérfano. Por lo mismo será eterna su memoria, y sus limosnas las publicará la Iglesia de los Santos: *et eleemosynas illius enarrabit omnis ecclesia sanctorum.*